

en los tiempos previstos por S. Pablo, tiempos funestos, en que los cristianos tendrán comenzo de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones: cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas.»

Mientras que la mentira encontraba por doquiera propagadores ardientes, audaces, infaligables, las verdades eternas apenas contaban con algunos defensores: dejábase el cuidado de combatir en pro del Vicario de Jesucristo, á los obispos, al clero, diciendo: «eso es negocio suyo, y no nuestro: nosotros, que hemos de vivir en el siglo, debemos contemporizar con sus exigencias. Procuraremos, sin embargo, vivir en nuestras casas como cristianos, y no desertaremos de las Iglesias; pero, en la vida pública, estaremos con el mundo moderno: el progreso así lo ordena.»

Si el cristianismo pudiera aceptar el egoísmo, ese arreglo de conciencia fuera inmejorable; pero exigiendo la religion de Cristo, que es todo amor, que vivamos estrechamente unidos en lazo fraternal, si se falta á esa ley, nadie se salva á sí mismo, ni salva el orden social. Error grave es, y que solo podia generalizarse en épocas de muy poca fé, el creer, que solo los eclesiásticos ejercen cura de almas. Cualquiera cristiano, eclesiástico ó laico, será juzgado por lo que habrá edificado á su alrededor, y por el escándalo que haya dado.

No solo al clero, sino á todos los creyentes alentaba S. Agustín con estas palabras: *animam salvasti, animam tuam precipitasti*; S. Dionisio Areopagita y S. Gregorio, no exhortaban solamente á los ministros del culto á ganar almas para Dios, asegurándoles que esta ocupación era la más hermosa ofrenda que pudieran ofrecer á su Criador, sino que esos maestros de Israel dirigían también á los fieles sus calurosas recomendaciones.

Dios, dotando al hombre del libre albedrío—tan precioso, puesto que es el título que pone la virtud en posesion de la bienaventuranza eterna; y tan terrible, pues por él se infligen suplicios eternos al vicio—le otorgó el derecho de perderse. Por esto, el

género humano ha experimentado la necesidad de organizarse en sociedad, para impedir, que el abuso del libre arbitrio individual, arrastrase consigo á la perdicion todo el orden social. Y no hay organizacion social, que merezca el título de civilizada, que no responda á esta necesidad. La sociedad cristiana es la más perfecta de las sociedades, para que ese objeto supremo no quede abandonado al capricho de los hombres: la Iglesia, maestra infalible, posee y enseña á los pueblos los preceptos, sin cuya observancia no se salvan los individuos ni las naciones.

El primero y más esencial de esos preceptos—el que los resume todos—es la caridad; y se falta á la caridad para con Dios y para con el prójimo, cuando se deja por un solo momento de obrar el bien y de combatir el mal. Nadie puede sustraerse de esta obligacion. Hay, pues, una solidaridad indestructible, entre la salvacion de los hombres, y la salvacion de las naciones.

Desde que la caridad se ha enfriado de tal manera, el número de propagadores de la mentira, ha llegado á ser superior al de los defensores de la verdad; desde que la secta ha conseguido persuadir á un considerable número de católicos, que pueden tributar culto á Dios en privado, y enarbolar, en cierto modo, el estandarte de la neutralidad en el combate empeñado, entre la Iglesia y sus enemigos; desde que ha podido generalizar la paradoja, que la misma religion, cuyo principal objeto es la felicidad eterna de las almas, puede llegar á ser inútil, y aun perjudicial á la felicidad de los pueblos; la sociedad se encamina hácia el abismo. Es indudable, que los gobiernos que nos ha impuesto la secta, han dado el principal impulso; pero los pueblos ¡han hecho todo cuanto les era posible, para no profanar la vergonzosa humillacion, de vivir sometidos á tales gobiernos?

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 28 de Octubre 1874.)

FALLECIMIENTO DEL ARZOBISPO DE FLORENCIA EXMO. SEÑOR JOAQUIN LIMBERTI.

A orillas del lago de Lecco—adonde me habia trasladado en busca de eficaces remedios, precisos al restablecimiento de mi salud—el anuncio de la inesperada muerte del venerable arzobispo de Florencia, ha venido á herirme como un rayo. De cuantas personas me rodeaban, ninguna se atrevió á participarme tan dolorosa nueva: la supe por el *Journal de Florence*: una orla negra le rodeaba; deshicé tembloroso su faja; mi imaginacion vagaba por los espacios de lo infinito, buscando la causa de aquel fúnebre aparato; cuando mi vista recorrió la primera página, el nombre de Joaquin Limberti... ¡ah! cuán lejos estaba yo de la triste realidad! Dejé caer el diario, me senté sobre ruinas—restos de antiguos monumentos de que la Italia por do quiera está sembrada—y di libre curso á mis lágrimas.

No sé como fué, que, en aquella hora solemne, una conversacion que habia tenido algunos meses há con mi digno maestro y pastor en Israel, se representara clara y distinta á mi trastornada imaginacion:

«Hijo mio, me habia dicho: yo esperaba en el triunfo próximo, inmediato de la Iglesia, como muchos otros; pero la lectura de vuestras obras, acerca de los actuales tiempos, y sobre la secta anticristiana, me ha convertido á vuestras ideas: para la restauracion del edificio social cristiano es preciso un milagro; y este milagro debemos merecerlo: hacemos muy poco, para que Dios haga mucho por nosotros. La sola misericordia, que el Todopoderoso puede otorgarnos, es la de someternos á los rigores de su justicia. Pasando por la puerta de los castigos, es como entraremos en el reino de la fé.

Una observacion particular me confirma todavía mas en las convicciones de que vos me habeis hecho partícipe; siento el dolor de ver á numerosos levitas, y cooperadores míos en la vida del Señor, partir para el cielo, en el vigor de su edad, muchos, hasta en la flor de su juventud. La muerte viene así á arrebatár á mi diócesis sus mejores sacerdotes, en el momento mismo en que yo creía poder contar con su celosa cooperacion y con el ejemplo de sus virtudes sacerdotales, aun por algunos años. Me parece entrever en ese fenómeno, que tanto me entristece, una disposicion particular de la Providencia: ella se complace en arrancar de esta tierra, en adelante indigna de conservar, ciertas lozanas flores, ya en disposicion de ser trasladadas á la bienaventuranza eterna. Veo en este hecho una doble significacion: la colera de Dios, que abandona cada vez mas el mundo al imperio de Satanás; y su misericordia, que se complace en apresurar las celestes recompensas á sus elegidos. Si mi tristeza, por todas esas pérdidas, no me ofendiera, mi consuelo no lo es ménos: esas santos ministros del Eterno, han sido sustraídos á los peligros de una existencia, que se hace de día en día mas borrascosa.»

¿Quién me hubiera dicho entonces, que con esas palabras, el digno prelado depositaba en mi un precioso estuche, en donde hallaría la verdadera joya, propia para enjugar mis ojos húmedos por el llanto de su pérdida? Y sin embargo, allí, en el mismo manantial, en que él buscaba un alivio á sus punzantes dolores, es de donde yo he sacado la fuerza para someteme á la voluntad de

Dios. Si; el digno prelado era ya una flor lozana para las beatitudes celestes, y Dios ha querido trasplantarla al jardín eterno.

Tuve el honor de presentar á Mons. Limberti, en su quinta de Scandicci, al ilustre obispo de Versalles. Ambos prelados me concedieron la deferencia de admitirme como respetuoso testigo, en la larga conversación que sostuvieron. Estaba en presencia de dos atletas en los santos combates del Señor, ambos forjados por sus manos, tanto en lo físico, como en lo moral, para sostener muy alta su bandera. Iguales en estatura, en la magestad del rostro y en la nobleza de maneras, solo diferían en la edad: mi mirada se dirigía sucesivamente de los cabellos blancos de Mons. Mahille, á los cabellos espesos y aun negros del Arzobispo, y sin dificultad se comprendía la diferencia; pero mi oído atento á su conversación, contradecía á mis ojos.

Mons. de Versalles, lleno de fuego y de resolución, parecía aspirar con dicha el humo de las batallas: Mons. de Florence, con calma grave, estaba como un soldado firme en su puesto, y atento al ataque del enemigo. Ambos, en perfecto acuerdo, juzgaban de las cosas y de los hombres de nuestro tiempo, apreciándolo todo, según su carácter respectivo: estrechamente unidos en su afecto á la Iglesia, y á la causa del orden social; la palabra del uno, tenía toda la animación de un vigor viril; la del otro, estaba impregnada del acento de la edad madura.

¡Oh insondables juicios de Dios! Si hay héroes para cantar la victoria, los hay también para comprarla con su vida. El mérito es igual á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres, aunque su suerte sea tan diferente. De los dos atletas de la Iglesia, el uno —el de mas edad— permanecía siempre en la trinchera, y nos animaba con la palabra y el ejemplo á la lucha; el mas joven, ha sido llamado á una nueva existencia, —porque *ubi est mors victoria tua!*— Vive, pero en otra región mas serena.

A los muertos del paganismo, solo se les debe desear descanso: *parce sepulcro!* á los muertos del cristianismo, se les debe la verdad. Un error asaz común, y que heredamos de la sociedad pagana, exige, que sobre el sepulcro, recordemos las virtudes del finado, y hasta que las exageremos. El cristiano tiene otros deberes. Faltar á la verdad, es

injuriar á Dios, origen de toda verdad: ninguna consideración humana podrá hacer de la mentira un acto meritorio. El mundo pagano imponía silencio al odio, ante una tumba; pero el odio en el mundo cristiano debe callarse, lo mismo durante la vida, que después de la muerte.

El cristianismo nos ha prohibido escurrir las intenciones del prójimo, penetrar en el secreto de su conciencia para condenarla inexorablemente, erigiendolos en árbitros supremos del mal y del bien; pero la misma caridad, que nos prohíbe substituir nuestro pobre juicio al de Dios, cuando se trata de los destinos eternos de nuestros semejantes, nos impone el deber de juzgar al hombre público, de examinar sus acciones, y hasta de poner en evidencia las faltas en las cuales hayan caído, para que los sobrevivientes las eviten, y como expiación del escándalo que esas mismas faltas hubieran producido.

La verdad y la caridad tienen el mismo origen, son dos rayos del esplendor divino; el uno es toda la doctrina, el otro es toda la acción del cristianismo.

No se espere, pues, de mí que disimule la debilidad, que algunos han atribuido á nuestro digno pastor. Lo examinaré á la luz de la verdad. —Y ¡feliz yo, si esa es la única reprobación que contra él pueda dirigirse! Por mi parte, no le conozco sino un acto de debilidad, de cuyo acto ni de su misma boca la relación detallada.

Érase en 1863. Arrastrado por el torbellino de la capital, vine á establecerme en Florencia, á mediados de ese mismo año. Mi amigo, M. el baron Arnaud de Châteaufort, tuvo á bien presentarme á su Grandeza. Fui acogido con esa tierra benévola, que formaba el fondo del carácter del prelado, y que jamás vi desmentida un solo instante, por espacio de nueve años, que tuve la felicidad de frecuentar los salones del arzobispo.

Algunos días después de la segunda visita que le hice, monseñor tuvo á bien abrirme su corazón, en estos términos: «Tengo un gran remordimiento de conciencia: en 1833, cuando el príncipe de Carignan vino á la Toscana, en calidad de delegado, y cuando visitaba la Catedral, me encontré en la puerta, con la mitra en la cabeza y el háculo en la mano, seguido del Cabildo: acto de debilidad, que jamás me perdonaré.»

Por mas que yo le decía, que, en semejante caso, no había hecho sino seguir los

preceptos de la Iglesia, la cual reconocia todos los gobiernos establecidos, con tal que ellos no la embarazasen en su misión, relativa á la salvación de las almas: que, por otra parte, en aquel tiempo, la guerra del imperio contra el sacerdocio, no estaba aun declarada ostensiblemente: en fin, que había mil razones para justificar su conducta; vi que permanecía inalterable, y que ese remordimiento no le abandonaria sino con la vida. Sentía mucho que su dignidad de cristiano fuese en el duplicada por la dignidad de obispo, y recordaba que la doble herida que había recibido no se cicatrizaba fácilmente.

¡Dichoso el finado, si en el tribunal del Juez Supremo, solo tiene que arrepentirse de un acto tan dudoso de debilidad, expiado por un dolor tan sincero! Pero, si monseñor Limberti estaba pronto á confesar lo que el llamaba sus faltas, si buscaba con avidez las ocasiones de proclamar en alta voz su arrepentimiento, callaba acerca de sus actos de valor y de celo apostólico. Es preciso haber sido iniciado en todas las intrigas misteriosas, en todas las presiones, en todas las maniobras puestas en juego, con el objeto de conducirlo á la corte de Victor-Manuel, en las dos ocasiones del enlace del príncipe Humberto, y del bautismo del príncipe de Nápoles, para comprender lo que su alma encerraba de santo valor y de dignidad sacerdotal.

¿Ha sido algunas veces débil en el ejercicio de la alta autoridad de que estaba revestido? A otros más versados que yo, en el cumplimiento de todos los formidables deberes de obispo, compete el fallo. Por mi parte, y por lo que conozco de su vida—el periodo de 1863 á 1874—no puedo afirmar, en conciencia, mas que una cosa, y es, que el siempre quiso hacer el bien, y dictado las órdenes más apropiadas para conseguir su objeto. Si los encargados de ejecutar su voluntad, y sus cooperadores, se han ceñido ó desatendido algunas veces, al cumplimiento exacto de sus órdenes, solo Dios puede decir donde la responsabilidad del obispo acaba, y donde comienza la de sus ministros. Además, es posible al hombre romper la corriente que domina, y que dá con frecuencia nombre á toda una época: en el tiempo, en que estamos, la sociedad perece por la postración de la autoridad.

La mas alta y más sublime autoridad del

mundo, la del Papa, una vez reducida á la esclavitud del orden social, queda quebrantada, nadie sabe ya, en donde buscar el origen del derecho al mando; nadie encuentra el principio de su deber á la obediencia. El limite que separa á los que deben dar órdenes, y á los que deben atenerse á ejecutarlos, no puede ser trazado más que por la mano de Dios. Limite, que no existe ya, desde que se ha querido desterrar á Dios de las cosas del mundo. Y una vez desterrado, la confusión se introduce en los dos campos: aquel que ordena, se avergüenza, en cierto modo, de la autoridad que ejerce, y trata de hacérsela perdonar; el que obedece, se sonroja de las órdenes que recibe, y se dá toda la traza posible para ejecutarlas mal. He ahí la condenación del siglo, y la perdición de la sociedad.

Joaquín Limberti, instintivamente, conocia esa situación dolorosa de las cosas, y la deploraba. Pero su mirada penetrante había entrevisto, que, en medio de la vida jadeante, desenfrenada, vertiginosa del siglo, la inconstancia de los caprichos de los hombres dejaba algunos intersticios en la serie de los males. El acechaba esos intersticios, y los esperaba, para hacer pasar por ellos el bien. Muy á menudo, pero no decir casi siempre, lo que parecía á los ojos del vulgo flaqueza, no era, en realidad, sino consumada prudencia.

¡Cuántas veces comentamos juntos, en las largas conversaciones del sábado, el consejo de la Sabiduría: *potentes potentes tormenta pantentur!* Este consejo él lo aplicaba á sí mismo, desde luego, y lo meditaba temblando; y lo aplicaba luego á las potestades del siglo, y temblaba por ellas. Ningun poder pudo contarle entre sus cortesanos. El Gran Duque, á quien debía su elevación al alto cargo que ocupaba, no le hallaba en sus salones mas que un solo día del año, el día en que la estricta etiqueta de la corte le obligaba á presentar sus homenajes á su legítimo soberano, al cual, por otra parte, le consagraba el más dulce recuerdo.

Después de la partida de la familia de Lorena, Mons. Limberti no puso más el pie en el palacio Pitti. Cuando M. Ricasoli ejercía interinamente una especie de dictadura en Toscana, creyó un juego de habilidad el ofrecer al ilustre arzobispo, la gran cruz de los Santos Mauricio y Lázaro. El prelado respondió con sencillez: «La cruz

pastoral, que jamás he deseado, pero ni tampoco rehusado, absorbe demasiado mi vida, para que pueda aceptar otras.» Y permaneció inalterable. Su profunda repugnancia á frecuentar los salones, no provenía de sus tendencias personales. Su elevado espíritu, sus maneras distinguidas, la elevación de su carácter, sus gustos literarios, le hubieran asegurado un hermoso y brillante lugar, en medio de la corte más espléndida. Pero tenía una idea muy elevada de la misión sacerdotal, para pensar en conciliarla con cualquier otro deber. Decía, que un ministro de Dios tiene demasiado que ocuparse de los pequeños y de los desheredados, para que le quede tiempo de rozarse con los grandes.

Los pequeños, los pobres, los desheredados de este mundo, fueron la grande preocupación de su vida. Detestaba la avaricia—ese vicio feo, que hace más mal en el mundo cristiano de lo que generalmente se piensa. A imitación de Mons. Martini, el traductor de la Biblia, y su predecesor en la sede de Florencia, cuántas veces se le anunciaba la muerte de un sacerdote, se informaba si había dejado bienes; y cuando se le respondía, que los herederos tenían un buen patrimonio en perspectiva, exclamaba: «¡Ah! desgraciado!»

Limberty había nacido pobre, y ha muerto pobre, á pesar de que en medio de los trastornos actuales, el arzobispado de Florencia ha quedado uno de los obispados mejor dotados de Italia. El órgano oficial de la Masonería florentina, le dirige el reproche, de no haber hecho mención de sus sobrinos en su testamento. Pero sus sobrinos deben saber á que atenerse, acerca del particular. El venerable personaje eclesiástico, á quien instituyó su legatario universal, también lo sabe perfectamente; y se prepara á desatar los cordones de su propia bolsa para entrar, desde luego, en posesión de la herencia; y los desatará aun más, para continuar los subsidios á las obras piadosas, que la generosidad inagotable del santo pastor había fundado. El olvidar el nombre de esos sobrinos, es un primer acto de caridad para con ellos—imposibilitados para pagar los derechos de sucesión.—y es un segundo acto de caridad para con los pobres, que sin esa precaución testamentaria, se hallarían repentinamente privados de su apoyo.

Pero si Mons. Limberty, nació pobre y

humilde—y si, siempre desoó ejercer la humildad y la paciencia; si no se ruborizó nunca de su origen; jamás se adhirió á las teorías del liberalismo moderno. Profesaba la libertad, la igualdad y la fraternidad de Jesucristo, y maldecía con toda la energía de su alma, la libertad, la igualdad y la fraternidad que la secta pretende imponernos en nombre del Anticristo. Algunas horas antes de partir para mi residencia—apenas dos días antes de su muerte—le visité para recibir su santa bendición. En la conversacion que tuvímos, me dijo estas palabras, que merecerían ser grabadas sobre su tumba: «yo soy un hijo del pueblo, pero jamás se podrá hacer de mi un demócrata.»

La secta no ha faltado á su misión al es-cudriñar en todos sentidos su vida privada, buscando un motivo, que diera lugar á la denigracion. Pero los eslabones de la calumnia, han caído cortados por la lima de la verdad. La santidad de esa existencia, sin tacha no permite que la imaginacion más desenfadada emita siquiera una mera suposicion. La fama de la pureza angelica de nuestro Arzobispo permanecerá intacta á través de los siglos; y de su tumba, sobre la cual la mejor parte de Florencia vierte amargas lágrimas, sale un olor de candorosos lirios, que nos consuela con sus celestos perfumes.

El dedo de Dios, que veis en todas partes, cuando uno de nuestros adeptos os es arrebatado, ¿no le veis también en la muerte súbita de vuestro Arzobispo? Así es, como la secta nos interpela de una manera ligsona. Si; nosotros, católicos, vemos el dedo de Dios en ese acontecimiento; como en todos; pero la muerte súbita puede ser también una recompensa, más que un castigo. Al impio incorregible, sordo á los llamamientos reiterados de la gracia, Dios dice en su cólera: «¡Alto ahí! ven á dar cuenta á mi justicia.» Al cristiano, que prodiga su vida en defensa de su santa causa, el mismo Dios concede el premio á sus labores, haciéndole pasar sin sufrimientos de las tribulaciones de la tierra á las bienaventuranzas del cielo. Los dolores, las ansias, las angustias de una larga dolencia, á nadie han sido prometidas: está escrito solamente: *Beati qui in Domino moriuntur.*

Para morir en Dios, es menester vivir en Dios, y en el temor de Dios. Ved ahí la ciencia suprema de la vida. Esa ciencia

Mons. Limberty la poseía en el más alto grado. Jamás he conocido hombre más penetrado de toda la grandeza de las justicias de Dios, y más cuidadoso de no incurrir en ellas. ¡Cuán dulce es creer, que Dios, á cuantos en este destierro han vivido en el

temor de su justicia, los acoje en su misericordia, al poner el pié en el umbral de la Eternidad!

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 7 de Noviembre 1874.)